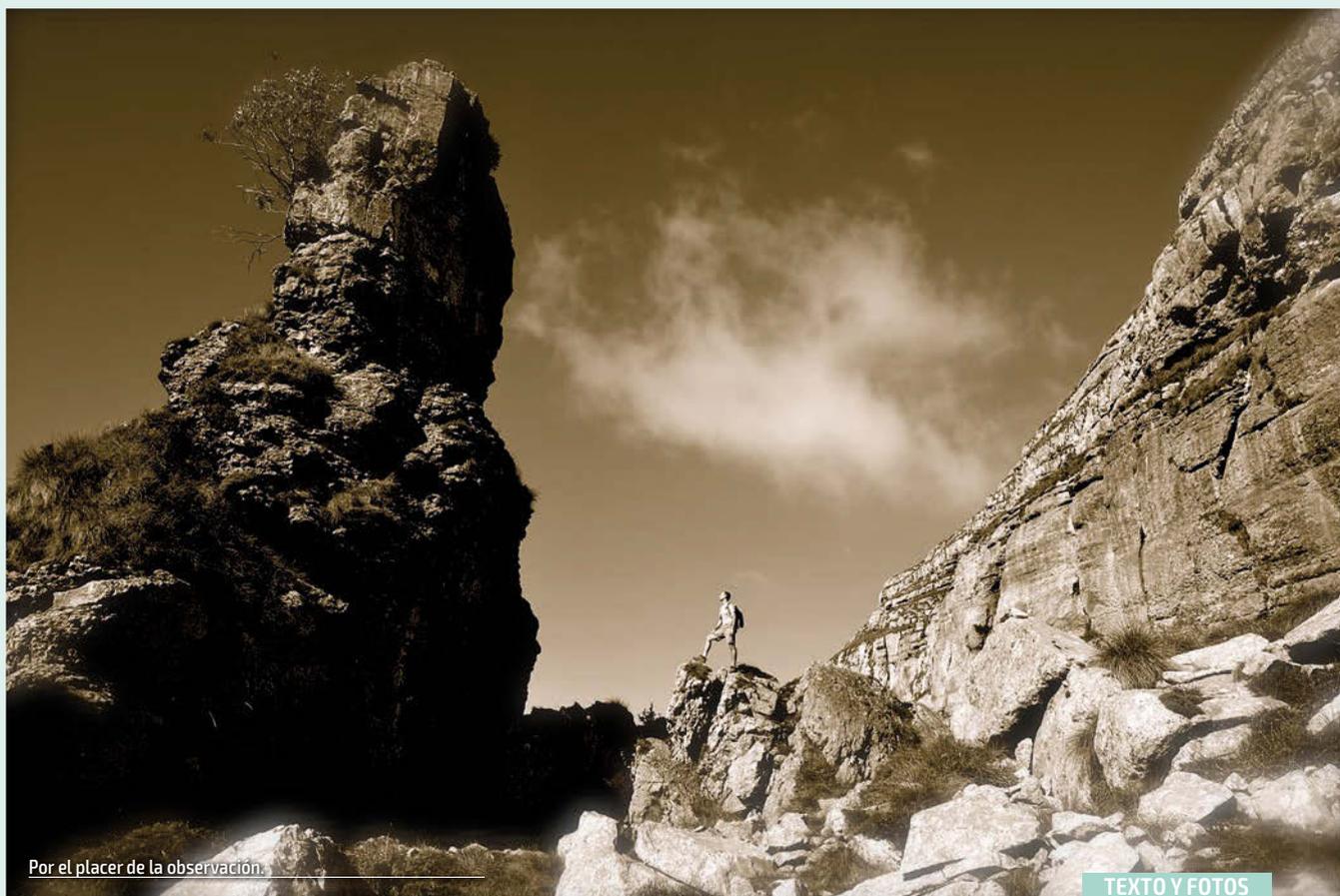


CASTROS DE HORNEO

LABERINTOS DEL ASÓN

Lo confieso. No los conocía. Apreciaba la comarca: las pequeñas aldeas de Veguilla, La Gándara, Asón... el nacimiento de las aguas precipitándose tras la lluvia en tan acrobático salto, la atormentada carretera al collado de los altos, me había bañado muchas veces en un recodo del río con mis amigos de la infancia; era capaz de repetir de seguido algunas de las cimas del lugar: Colina, Porracolina, Porra de las Hormigas, Picón de la Matanza, pero... ¿los Castros de Horneo? ¿un laberinto de roca entre paredes descomunales?



Por el placer de la observación.



TEXTO Y FOTOS



Ricardo Hernani
(Bilbao, 1968).

Miembro del equipo de redacción de la revista Pyrenaica y de la Royal Geographical Society.

Último afloramiento de la ruta.



Fueron las instantáneas de un excelente blog montañero (<http://aupamendikleta3000.blogspot.com.es/>) las que me hechizaron definitivamente, aunque no resultó sencillo convencer a los habituales acompañantes de que en esta excursión no visitaríamos cima alguna, tampoco enlazaríamos una travesía, siquiera una circular. En esta ocasión, simplemente caminaríamos, saltaríamos, visitaríamos, nos divertiríamos, junto a una pared,

atravesando una montaña por un laberinto sin pérdida...

De esta manera, nos encontramos una soleada mañana de domingo, acompañados de un amigable mastín, en el aparcamiento que da forma al puerto de carretera del Parque Natural Collados del Asón; espacio protegido de 4.020 hectáreas, perteneciente en su totalidad al municipio de Soba y declarado Parque en 1999.

Son los Castros de Horneo, atractivos afloramientos calizos sobre los verdes seles de Soba

Comenzamos la andadura a buen ritmo por la pista ascendente anexa (ONO) señalizada como PR S 77 (Vuelta a la Colina), superando



una explotación ganadera y posteriormente una fuente (0h 7min), para llegar a la altura de un cartel (0h 14min) que nos informa sobre el conocido sendero Hondojón. Al fondo (O), se elevan por primera vez los Castros de Horneo, atractivos afloramientos calizos sobre los verdes seles de Soba salpicados de diseminadas bordas pastoriles...

Caminamos rodeando las primeras majadas en Horneo y Sotío (0h 16min), accediendo

al primer cruce de caminos (0h 30min) con un cartel señalizador hacia Colina, Bustalveinte y Brenavinto. Seguimos de frente en dirección a este último valle, en realidad un polje, hasta el alto de la Posadía (0h 36min) donde sobre una nueva señalización confluyen marcas de varios PR con el GR 74. Abandonamos el sendero que nos guiaría por la popular vuelta a la Colina, para dirimirnos directos por terreno irregular (N) en

dirección a los curiosos monolitos (1h) que escoltan el roquedo de Horneo. Rodeamos un espectacular monolito doble por la derecha prosiguiendo al norte hacia los farallones de roca sobre trochas de ganado y pedreras de material suelto. Alcanzamos así la pared, en las inmediaciones de un enhiesto monolito, abriéndose en la misma un estrecho cañón bajo nuestros pies (1h 10).

Bajando al laberinto nos internamos en el Mundo perdido de Arthur Conan Doyle

A pesar de que en este punto se abre el laberinto, nosotros vamos a dibujar a la izquierda la pared por una senda sinuosa adornada con cairns que nos entretiene, sin más motivo que el de fotografiar el paisaje, contemplar el valle, divisar la recortada cumbre de los Campanarios y especialmente admirar, e inmortalizamos junto a, las formaciones rocosas. Buscando los pasos más evidentes nos internamos finalmente en un bellissimo hayedo donde consideramos que ha llegado el momento de retornar al punto de entrada al laberinto anterior (3h) no sin antes internarnos de regreso junto a la pared en la oquedad que forma la cueva de Turrutuerta.

Bajando al laberinto nos internamos en el Mundo perdido de Arthur Conan Doyle, un serpenteante y estrecho laberinto tapizado de hierba, musgo, roca y -bien entrada la estación seca- aún nieve, bajo la protección de altísimos paredones que dificultan la entrada de los rayos de sol.

El camino resulta indescriptible, lo cual tampoco resulta para nada necesario; durante un tiempo imposible de perder, bajo la protección de las murallas de roca con mayor o menor estrechez. Los cairns ayudan, al igual que unos circuitos rosas pintados con cierta discreción. Subimos y bajamos, atravesamos pedreras y hayedos al tiempo que el paisaje se ancha y llegamos con excitación al último de los grandes monolitos de la jornada, quizás el más fotogénico.

Sobre la pedregosa e inclinada ladera contemplamos bajo nuestra posición el llano, con las majadas de Sotío y la pista de salida del valle hacia el aparcamiento (5h).

Descendemos con precaución, sin cumbres, travesías ni circulares; satisfechos profusamente con la jornada y aun así, con la certeza de que hemos dejado atrás un mundo deseoso de esconderse a nuestro paso.